

Es propiedad
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan,
Ríos, Pérez y Cuesta.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

EL ZAPATERO DE JEREZ.

Comedia de espectáculo, original en cuatro actos y en verso por D. José María Gu-
tierrez de Alba, representada por primera vez en Madrid, en el teatro de la Comedia
(Instituto), en el mes de junio de 1850.

PERSONAGES.

ACTORES.

LA DUQUESA DEL OLIVO.. D.^a Maria Llorens.
MARIA..... D.^a Josefa Hernandez.
ROBERTO..... D.^a Cándida Dardalla.
MANUEL..... D. José Dardalla.
EL CONDE DEL ESPINAR.. D. Ramon Aguirre.
ROBERTO..... D. José Alverá.

Un criado.

Caballeros, Damas.

El primer acto pasa en Jerez; el segundo y
tercero en Madrid, y el cuarto en una quinta á
orillas del mar. La accion tiene lugar á mediados
del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO,

El teatro representa un lujoso salon en el palacio de la
Duquesa. Dos puertas á cada lado, y el fondo cerrado
por cristales que dejan ver un espacioso jardin profusa-
mente iluminado con luces de diferentes colores.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE y ROBERTO.

Co. Será como de tu gusto.

Ro. Vucencia lo admirará,
y el título me dará
de hombre de seso.

Co. Es muy justo.

Ro. Será una grata sorpresa.

Co. Admirable despedida!

Ro. Quedará muy complacida

mi señora la Duquesa.

Y ella, que celebra tanto

las cosas de este pais...

El pobre ha estado en un tris.

Co. Pero á qué misterio tanto?

No sé qué conducta es esa.

Temas que yo me anticipe...

O quieres que participe
de la agradable sorpresa?

ROB. Es que...

CON. Mira: eso se llama...

ROB. Ser un tonto.

CON. Has acertado.

No me hubieras iniciado,
sin yo quererlo, en la trama.

No quiero aguardar ansioso
el fin de la novedad.

CON. Con que la curiosidad...

ROB. Qué quieres! soy muy curioso,
Roberto, y hasta saber...

ROB. Señor Conde, de tal suerte...
que...

CON. He de apremiarte y molerte...

ROB. Mucho?

CON. Mas que una muger.

ROB. Al cabo es una imprudencia...

CON. A tus años?

ROB. Hay razon.

Quien tiene buen corazon...

Ya comprenderá Vucencia.

CON. Habla.

ROB. Es, señor, el misterio;
que el hombre, de que iba hablando,
cometió, yo no sé cuando,
un homicidio.

CON. Eso es sério.

ROB. Ya veis, como aqui en Jerez
esos hombres atrevidos
se encuentran tan perseguidos
por su inexorable juez,
y la muerte, que él causó,
dicen que no fué alevosa;
vino á rogarme su esposa
que me interesára yo
con la señora Duquesa...

CON. Pues! para que le alcanzára
el perdon...

ROB. La cosa es clara,

por premio de la sorpresa.
 CON. Con que tú?...
 ROB. Salgo garante
 de que no es un asesino.
 CON. Su porte?
 ROB. En su clase es fino.
 CON. Y es joven?
 ROB. Mozo arrogante.
 CON. Dime, es casado?
 ROB. Lo infiero.
 CON. Con hijos?
 ROB. Creo que sí.
 CON. Y sabes su nombre?
 ROB. Aquí
 le llaman el Zapatero.
 CON. (Acaso...)
 ROB. Una impertinencia
 será tal vez. La ocasion...
 CON. Siempre es una buena acción.
 ROB. Con que la aprueba Vucencia?
 CON. Por supuesto.
 ROB. De ese modo
 nada en el lance arriesgamos.
 CON. (Antes que de aquí salgamos,
 si es cierto, lo sabré todo.)
 (se oye fuera un rumor.)
 ROB. Creo que se acercan.
 CON. Si.
 Quiero salir al encuentro.
 ROB. Mientras dispongo allá dentro...
 Detenédmelas aquí.
 (vase el Conde por la primera puerta izquierda.)

ESCENA II.

ROBERTO.

Para que estén preparados,
 voy á avisar al instante.
 El, su muger y su hija
 me han dicho que son tres ángeles,
 á quienes ha dado el cielo
 gracia y hechizo admirables...
 Pero aquí se acercan todos.
 Qué placer voy á causarles!
 (vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA III.

La DUQUESA, el CONDE, damas y caballeros.

CON. El embalsamado ambiente
 que esta noche se respira,
 parece que ensancha el pecho.
 DUQ. En la hermosa Andalucía
 son las noches deliciosas
 y todo á gozar convida.
 Aquí, lejos del bullicio
 de la corte y su fatiga,
 como en un lecho de flores
 se queda el alma dormida,
 entre perfúmes que embriagan
 y cántigas que electrizan.
 No es cierto?
 TODOS. Si.
 CON. Estais hablando,
 Duquesa, con tal poesia...
 DUQ. Es que á mi mente se agolpan,
 al darles mi despedida,
 todos los recuerdos gratos,
 las ideas peregrinas,

las enamoradas trovas,
 las cantilenas sentidas,
 los penetrantes requiebros...
 todo, todo, hasta las riñas
 con que estos hombres audaces
 sus diversiones terminan.
 CON. Y eso tambien os agrada?
 DUQ. No estrañeis que así os lo diga.
 Aquí todo me embelesa.
 Estas costumbres distintas
 de las nuestras, llevan siempre
 el sello de la alegria.
 Los hombres de tez morena,
 negros ojos, barba riza,
 con su serena mirada
 y su lenguaje de enigmas,
 las mugeres de pie breve,
 cabellera azabachina,
 rosada tez, labios rojos,
 talle esbelto y frente altiva,
 con sus ardientes miradas
 y voluptuosa sonrisa,
 no sé qué encantos presentan,
 no sé qué afectos inspiran,
 que es imposible alejarse
 de la hermosa Andalucía,
 sin que se contriste el alma
 y el corazon se comprima.
 CON. Elocuente es la Duquesa. (á los caballeros
 señora.

Soberbia es su fantasia.

CAB. 1.º Si por cierto.

DUQ. Os doy las gracias,
 y convengo, aunque se diga
 que no es mucha mi modestia,
 en que con idolatria
 amo las cosas fantásticas,
 y á este suelo, porque indica
 que en él todos son encantos,
 todo gala y poesia.
 Mas ya en el otro salon
 la mesa está prevenida,
 y si os place... (indicando la primera puer
 derecha)

CON. Cuando fuere
 de vuestro agrado.
 (se oye en el jardín un prelude de varios in
 trumentos)

DUQ. (deteniéndose.) Me admira...
 No escuchais en el jardín?...

CON. Música?

DUQ. Si, por mi vida.

CON. Nunca en mejor ocasion.

DUQ. Oigamos, que ya principia.
 (vuelven á preludiar y cantan el siguiente)

CORO.

Bajo el sol puro y ardiente
 que el alma de encantos llena,
 sois la mañana serena
 del fértil suelo andaluz.
 Vuestra es la tierra bendita
 de la gracia y los amores,
 donde hay alfombras de flores
 y un cielo de aroma y luz.
 UNA VOZ (dentro.) Oigame usted, madrinita,
 madrina del corazon:
 mis fatigas son muy grandes
 y mas grande es mi dolor.

La justicia me persigue
sin tregua y sin compasion.
No hay quien mi perdon alcance.
Alcáncelo usted por Dios.

CORO.

Bajo el sol puro y ardiente, etc.

CON. Todos os damos, señora,
la enhorabuena cumplida;
pues vuestras gracias celebran,
y vuestra gracia suplican.

DUQ. En verdad me ha sorprendido
la invencion. Quién me diria?...

CON. Y es invencion muy galante.

DUQ. Por cierto que tendré á dicha
poder premiar sus favores.

CAB. 1.º Es muy justo.

DUQ. Despedida
mas grata nunca la espero.

ESCENA IV.

Dichos y ROBERTO por la 2.ª puerta izquierda.

ROB. (á la Duquesa.) Si su Escelencia se digna...

DUQ. Ven, esplicanos, Roberto,
de esa música agradable
quién es el autor, qué quiere,
y cómo hemos de premiarle.

ROB. Señora: me ha suplicado...

Es un asunto muy grave,
y yo quisiera que á solas...

Quedaos aquí un instante. (*ap. á la Duquesa.*)

DUQ. Señor Conde, yo os suplico...

CON. Señora, debeis mandarme.

DUQ. Que por mí hagais los honores
del convite. Cuanto antes
volveré á ocupar mi puesto,
que aunque vos sois tan galante
que escedereis...

CON. (*con ironía.*) Muchas gracias.
Señora, este es un buen lance;
y el escuchar una cuita
os dá disculpa bastante.

(*á los caballeros y señoras indicándoles la se-
gunda puerta derecha.*)

Cuando gustéis...

CAB. 1.º Pasad vos. (*despues de haber
pasado las señoras.*)

CON. No es posible.

CAB. 1.º (*saliendo.*) Ya que os place...

CON. (*á la Duquesa con ironía, al tiempo de salir.*)

Ya sabeis, si tardais mucho,
cuanto sentiré privarme...

DUQ. Os digo que al punto vuelvo.

CON. Ved que mi impaciencia es grande (*saluda y
vase.*)

ESCENA V.

La DUQUESA y ROBERTO.

DUQ. Y bien, Roberto?...

ROB. Señora?

DUQ. Quién tan agradable rato
nos proporciona esta noche?
Por qué no se ha presentado?
Quién es? Por qué con misterio
quieres referirme el caso?
Es quizá alguna aventura?...

ROB. Señora: es un desgraciado

á quien la justicia humana
sin tregua sigue los pasos,
porque dicen que dió muerte
hace algun tiempo á un hidalgo.

DUQ. Hola!

ROB. Se cuentan de él cosas
en verdad que causan pasmo,
y es lástima. Si lo viérais
qué arrogante y qué bizarro!
Dicen que nada le arredra,
valiente hasta temerario,
galanteador como él solo,
y canta como un canario.

DUQ. Eso dicen!

ROB. Si, señora;
y como el pobre cuitado
no tiene quien le proteja,
me suplicó, y yo...

DUQ. No es malo
que tú tambien te intereses
por él.

ROB. Yo apostára algo
á que si hablára á Vuecencia
él mismo...

DUQ. Te ha interesado?

ROB. Tiene una muger y una hija
tan graciosas... Luego el llanto
que antes de cantar...

DUQ. Con que ellas...

ROB. Fueron las que allí cantaron.

DUQ. Y él...?

ROB. Tan jóven... tan...

DUQ. Pues mira;

que aquí me estén aguardando;
que terminado el convite
yo misma vendré á escucharlo.
(Jóven, valiente, alma grande,
galanteador, temerario...
Este hombre puede servirme
de mucho. No lo perdamos.)

ROB. Con que Vuecencia se digna...

DUQ. Si. Despues de examinarlo
veré si es justo, y si fuere,
será al punto perdonado. (*vase por la segunda
puerta derecha.*)

ESCENA VI.

ROBERTO.

(*toca una campanilla y aparece un criado en la
puerta segunda de la izquierda.*)

A ese hombre, que fuera aguarda,
que venga al punto. No en vano...
Mas de lo que yo creia
su Escelencia se ha humanado.

ESCENA VII.

Dicho, MANUEL, MARIA é IRENE.

MAN. Si nos dá usted su licencia...

ROB. Entrad sin ningun reparo. (*entran.*)

MAN. Maria, Irene, esperanza.

ROB. Mucha tengo.

MAN. Habló usted acaso...?

ROB. Aquí ella misma en persona
volverá dentro de un rato,
y la súplica que hicieres
escuchará con agrado.

MAN. (*á Maria é Irene.*) Lo ois?

IRE. Si.
 MAR. Dios se lo pague,
 y acuda siempre á su amparo.
 ROB. La sorpresa fué asombrosa,
 quedó prendada del canto,
 y es muy fácil que consiga
 el perdon.
 MAR. Dios soberano!
 Ay, Manuel! eso seria
 mucha ventura, y acaso...
 ROB. Mucho la Duquesa puede,
 y su favor en palacio
 es grande.
 MAN. El fin aguardemos;
 que hasta el fin no hay nada malo.
 ROB. Mientras yo voy á decirle
 que aqui la estais esperando,
 si os place, en esos asientos
 podeis descansar un rato. (*vase.*)

ESCENA VIII.

MANUEL, MARIA, IRENE.

MAR. No sé, Manuel, por qué temo
 que hables con ella.
 MAN. Maria!
 MAR. Bien. será sospecha mia;
 será de amor un estremo;
 pero no sé lo que tiene
 esta casa para mí.
 MAN. Cómo! Estás llorando?
 MAR. Si.
 MAN. Y tambien llora mi Irene?
 IRE. No... no me riñas tú, padre.
 MAN. Hija de mi corazon!
 Dime, por qué esa afliccion?
 IRE. Ay! Porque llora mi madre.
 MAR. Estos suspiros que exhalo...
 MAN. Acaso temes por mí?
 IRE. Padre, vámonos de aqui,
 no nos suceda algo malo.
 MAN. No sé por qué ese temor,
 ni en qué la desconfianza...
 Yo tengo mucha esperanza.
 MAR. Y á mi me ahoga el dolor.
 No alcanzo qué podrá ser,
 y eso es lo que mas me estraña,
 pero, Manuel, nunca engaña
 este, (*señalando al corazon*) á ninguna muger.
 Ay! Yo esplicarte quisiera...
 MAN. Ahora no tienes razon.
 MAR. Dios quiera que el corazon
 me engañe esta vez siquiera.
 MAN. Qué se pierde en aguardar?
 Si al fin no lo conseguimos...
 MAR. Y vivir como vivimos,
 lo podrá alguien soportar?
 MAN. Por última vez, Maria,
 á la fortuna probemos.
 Si no se alcanza, diremos
 que era la desgracia mia.
 (*abrazando á Maria é Irene.*)
 Con vosotras soy feliz,
 almas de mi corazon:
 no nos faltará un rincon
 para una choza infeliz.
 MAR. Una choza!
 MAN. No te asombres.
 No vendrás como no quieras.

Yo me iré á buscar las fieras,
 pues me persiguen los hombres.
 Y lejos de esta fatiga
 los desiertos buscaré,
 y en ellos me esconderé,
 donde nadie me persiga.
 Por casa tendré una roca;
 fruto los árboles dan
 menos amargo que el pan
 que aqui me llevo á la boca.
 Y aunque alli solo me aflija
 con el alma hecha pedazos,
 por no estrechar en mis brazos
 á mi muger y á mi hija.
 Muy contento con mi sino
 iré al desierto á vivir;
 porque no quiero morir
 como muere un asesino.
 MAR. Calla: no sigas por Dios.
 Si huir de esta tierra quieres,
 donde quiera que tú fueres
 te seguiremos los dos.
 Las dos: verdad, hija mia?
 IRE. Si, madre, siempre con él.
 MAR. Lo estás oyendo, Manuel?
 Contigo.
 MAN. (*abrazándolas.*) Irene! Maria! (*pausa.*)

ESCENA IX.

Dichos y ROBERTO.

ROB. Bravo! buen cuadro! Esa accion
 el mútuo afecto revela.
 MAN. Asi tambien se consuela,
 cuando sufre, un corazon.
 ROB. Pronto la benignidad
 de mi señora, que aqui...
 MAN. Podrá alcanzar para mí
 el perdon, la libertad?
 ROB. Podrá, aunque la misma ley
 tuviera antes que romper;
 porque es mucho su poder
 en la corte y con el rey.
 MAN. Conque ella sola podria
 hacerme tan venturoso,
 volviendo un padre, un esposo
 á mi Irene y mi Maria?
 Y ahora teneis esperanza?
 MAR. No sé qué me asusta aqui.
 ROB. La Duquesa.
 MAN. Viene?
 ROB. Si.
 MAN. Maria, ten confianza.

ESCENA X.

Dichos y la DUQUESA.

DUQ. Que Dios os guarde.
 MAN. (*saludando.*) Señora...
 (*Maria é Irene bajan la cabeza en señal de saludo.*)
 DUQ. Las gracias os vengo á dar;
 pues me habeis hecho escuchar
 música tan seductora.
 MAN. Si del sol en alabanza
 cantar los pájaros vemos,
 justo es que tambien cantemos
 á quien es nuestra esperanza.
 DUQ. Muy bien sabes obligarme,
 aunque con ruda elocuencia.

MAN. Mejor serviré á Vuecencia,
si en algo quiere ocuparme.

DUQ. Francas tus palabras son:
y bien el galan se esplica.

MAN. Hasta la lengua se aplica,
si es quien habla el corazon.

DUQ. Alma grande se refleja
en ti. Muy discreto eres.

MAN. Señora...

DUQ. Dí lo que quieres.

MAN. Que Vuecencia me proteja.

DUQ. Dicen que eres criminal.

MAN. A un hombre la muerte dí;
y pues que con él reñí,
me espuse al bien como al mal.

DUQ. Tambien picas en valiente?

MAN. Pico, señora, en honrado.
Vi á un hombre por tres cercado,
y lo libré: esto es corriente.
No traté de averiguar
por quien la accion habia hecho;
y quedé muy satisfecho
con poderlo libertar.

DUQ. Mereces mi proteccion
por tu franqueza y tu porte.
Hoy salgo para la corte,
y allí obtendré tu perdon.

MAN. Qué pena hay ya que os aflija? (*á Maria é Irene.*)

MAR. Señora! Dios soberano!

MAN. Deles, Vuecencia la mano
á mi muger y á mi hija.
(*Maria é Irene besan la mano de la Duquesa.*)

DUQ. Hermosas son. Considero
que ufano estarás con ellas.

MAN. Nunca brillan las estrellas,
cuando hay delante un lucero.

DUQ. Joven, levanta y no llores.

RE. Madre!

MAR. Es de placer.

IAN. ¡Maria!

MAR. Es tan grande mi alegria,
como fueron mis dolores.

DUQ. Amais con tierna pasion.
Es mucha felicidad!

IAN. Y quién no ama á la mitad
de su propio corazon?

DUQ. Procurad que nadie os vea
en momentos tan dichosos;
porque hay muchos envidiosos;
y hasta una torre flaquea.
Que no olvidaré os advierto...

MAN. Señora!..

DUQ. Id á descansar.
Mas tarde te irá á buscar (*ap. á Manuel.*)
mi mayordomo Roberto.

MAR. Otra vez aunque importuna.
(*besando con Irene la mano de la Duquesa.*)

DUQ. (*á Manuel.*) Oyelo con atencion;
porque despues del perdon
hay tal vez una fortuna.

(*vanse Manuel, Maria é Irene, por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA XI.

La DUQUESA y ROBERTO.

ROB. Roberto: ese hombre es osado,
su alma grande; tiene alientos,
y es fuerza que de algun modo

su adhesion nos conquistemos.
Muchos son mis enemigos;
(*el Conde al paño en la segunda puerta derecha.*)
pero yo á ninguno temo
mas que al Conde, que espiano
siempre está mis movimientos.
El es la atroz pesadilla
de mis mas ricos ensueños;
sus ojos do quier me siguen
como un suplicio funesto,
y es preciso que de un golpe
con su existencia acabemos.

ROB. Las órdenes de Vuecencia
siempre sumiso obedezco;
pero eso, si no imposible,
es dudoso por lo menos.

DUQ. Ya sabes que en su poder
obran ciertos documentos
que pueden comprometerme
ante el rey de un modo horrendo.
En ellos contra la reina
claros se ven mis intentos,
hijos de un loco capricho,
quizás de infundados celos.

ROB. Ni comprando sus criados,
ni buscando en su aposento,
han podido hallarse nunca
esos papeles siniestros.

DUQ. Ya sabes que aqui una noche
tres hombres le acometieron
por mi mandato! Tres hombres,
y pudo librarse de ellos!

ROB. Gracias á un desconocido
que en el crítico momento
le ayudó...

DUQ. Quizás!..

ROB. (*pensativo.*) Entonces
de los tres quedó uno muerto...

DUQ. No digas mas.

ROB. Será acaso...

DUQ. El infeliz, sin saberlo,
causaba mi desventura.
Pero ahora, ciego instrumento
vendrá á ser de mi venganza.
Ese es del perdon el premio.
Abierto está mi tesoro,
si á vengarme está dispuesto.
Con nosotros á la corte
fuerza es que vaya, Roberto.

ROB. Con su hija y con su esposa
nada de él alcanzaremos.

DUQ. Es preciso separarlos
al instante: yo lo quiero.
Ya sabes que el tiempo es corto;
seis horas tienes de término.
Nada de infundir sospechas.
En ti confiada espero,
que cuando en Madrid se halle,
yo te respondo del éxito.
(*vanse por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA XII.

El CONDE, saliendo por la puerta derecha.

Muy grande es tu confianza:
ya habrá quien te corte el vuelo.
Para puñales de oro
hay corazones de acero.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un lujoso salón en el palacio de la Duquesa: una puerta á cada lado y junto á la de la izquierda otra oculta en la tapicería. Ocupa todo el fondo una gran cortina de damasco que se descorre á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO y el CONDE.

CON. Con que no es el nuevo huesped tan dócil como juzgábais?

ROB. Yo os diré: hasta cierto punto...

CON. No se presta á las instancias de la señora Duquesa.

Por cierto es una desgracia! (*con ironía.*)

ROB. Se muestra tan impaciente por regresar á su casa; y á su muger y á su hija con tanto delirio ama, que por mas que la Duquesa con afecto lo agasaja, casi se muestra insensible.

CON. Te digo que es una lástima.

ROB. Mucho la Duquesa teme de que tengais una plática con él.

CON. Bravo!

ROB. Y si supiera que yo os inicio en la trama...

CON. No temas: yo te defiendo. Ya sabes que ella me guarda muchas consideraciones.

ROB. Os teme como á una espada desnuda.

CON. Si, porque sabe que con solo una palabra ante el Rey y ante la corte puedo perderla ó salvarla.

ROB. Mejor es que no descubra que estamos de acuerdo!

CON. Vaya, y qué opinas de mi intento? Tienes por cosa acertada el que vengan á la corte su hija y su esposa?

ROB. Yo. . .

CON. Callas?

Yo sé que alguna influencia sobre él la Duquesa alcanza, y pretendo libertarlo de cadena tan pesada.

Muy bien pudiera valerme de medios que se me alcanzan: pero prefiero que él mismo rompa su cárcel dorada.

Ya ves que por mucha fuerza que tuvieran mis palabras, las de una hija y una esposa siempre con mas eficacia podrán conseguir... No es cierto?

ROB. Juzgo que es muy acertada la elección.

CON. Cuento contigo?

ROB. Fuera resistencia vana la mia; pero si llegan, á saber... que por mi causa...

CON. Quién, la Duquesa? No importa;

ya sabes que aqui la entrada, sea por temor ó por gusto, para mi siempre está franca.

ROB. Y bien, cuál es la exigencia?...

CON. Para que nadie estrañara la presencia de María y de Irene en esta casa, quisiera que Manuel mismo su venida me rogara.

ROB. No comprendo de qué modo...

CON. Tengo una deuda sagrada con él. Pagarle quisiera, sin que nadie sospechara, ni aun él, que asi me intereso en su suerte.

ROB. Delicada es, señor, vuestra conducta.

CON. Aquel que en público paga con una accion generosa otra que el premio reclama, podrá decirse que lleva la idea mezquina y baja de alcanzar con aquel hecho algo de renombre y fama. Mi único objeto es salvarlo, sin que conozca la causa, que el bien que en silencio se hace deja satisfecha el alma.

ROB. Y yo?...

CON. Sin que la Duquesa sepa que Manuel me aguarda, preparas una entrevista. Ya conoces la importancia. Tú que la obra comenzaste, debes, Roberto, acabarla.

ROB. Descuidad, que os daré aviso.

CON. Yo volveré sin tardanza. A ese precio te perdono, Roberto, tu negra infamia, que una accion buena destruye el efecto de otra mala.

ROB. En mí Vuecencia confie.

CON. Labra tú la confianza. (*vase por la derecha.*)

ESCENA II.

ROBERTO, luego la DUQUESA por la puerta secreta.

ROB. Por cierto es grande exigencia... preparar yo la entrevista... No sé como he de valerme, ni si á la Duquesa diga... Qué haré, qué haré!...

DUQ. Prepararla.

ROB. Ay!

DUQ. Te ayudaré yo misma.

ROB. Señora, yo...

DUQ. Deja á un lado súplicas intempestivas. Te conozco bien, Roberto, y te disculpo á fé mia. Poco me importa que vengan esa muger y esa hija de que hablasteis.

ROB. (*Dios eterno!*)

DUQ. Tengo la red bien tendida para despreciar del Conde las amenazas altivas.

ROB. Señora, yo... si Vuecencia no quiere que esa entrevista

se verifique, prometo...

DUQ. Y me juzgas tan mezquina
que yo oponerme pudiera?...
No, Roberto: es muy distinta
mi intencion. Si la mujer
privada de fuerzas fisicas
para luchar con el hombre,
careciera por desdicha
de esa prevision constante
que algunos llaman malicia,
fuera inútil su defensa,
quedara siempre vencida;
mas por fortuna tenemos
imaginacion mas viva
que ellos para hacer que caigan
todos en sus redes mismas.
Conozco las intenciones
del Conde, y si solicita
hablar á Manuel, no es justo
que sea yo quien se lo impida.
El es quien prepara el lazo:
si en él se prende, á fé mia
que no soy yo la culpable.

REB. Pero Vucencia no mira ..

DUQ. Las réplicas no me agradan.

ROB. Señora...

DUC. Cuando á la cita
volverá?

ROB. Dentro de un rato.

DUQ. Pues bien, cuando llegue, avisa,
para hacer que en el instante
sin testigos le reciba.

Di á Manuel que aqui le aguardo,
y al mismo tiempo examina
si algo falta para el lance;
que el momento se aproxima...

ROB. Vucencia esté descuidada
que en todo es obedecida. (vase.)

ESCENA III.

La DUQUESA.

Audaz con negra intencion
el Conde mis pasos sigue,
y me asedia y me persigue
sin tregua y sin compasion.

Terrible es mi situacion
y vengarme le prometo;

mas si atrevida le reto,
caro me puede costar,
si no le llevo á arrancar
con la vida mi secreto.

La vida, si, no me espanta
de un crimen la horrible idea;
que si él por armas emplea
tanto encono, audacia tanta,
para humillarme á su planta
siempre que halla una ocasion;

ya que se acerca al leon,
hoy porque su sueño advierte,
yo haré que el leon despierte
y le arranque el corazon.

De Manuel exaltaré
el alma ardiente y sencilla:
con la tajante cuchilla
su firme diestra armaré;
mil goces le ofreceré
que nunca soñó quizá;
sumiso obedecerá

lo que mi voz le exijiere;
y al decir mi lábio, «hiere»,
sin detenerse herirá.

ESCENA IV.

La DUQUESA, MANUEL.

MAN. Señora: aqui estoy. Me han dicho
que Vucencia me aguardaba...

DUQ. Para darte una noticia
de la mayor importancia.

MAN. Mas vale asi.

DUQ. Qué, estás triste?

MAN. Yo? No, señora.

DUQ. Te falta

algo para ser dichoso?

No es de tu gusto la estancia

que tienes en mi palacio?

O echas de menos las auras

que en la bella Andalucia

otro tiempo respirabas?

MAN. Señora, yo... estoy contento.

DUQ. No lo demuestra tu cara.

MAN. Qué, cuando á uno lo aprisionan
tiene de reirse ganas?

DUQ. Acaso estás prisionero?

MAN. Dos veces: de cuerpo y alma.

No me importa la primera;

que al fin y al cabo esta casa...

pájaros de mayor vuelo

la quisieran para jaula.

DUQ. Gracioso estás, á fé mia!

MAN. Si, tengo yo mucha gracia.

DUQ. Vamos, ¿con que tambien tienes
aqui prisionera el alma?

MAN. Para que usted se divierta
con ella en atormentarla.

DUQ. Es una grande injusticia
que vengas á echarme en cara
tus sufrimientos. ¿Yo acaso

soy de tus penas la causa?

No me respondes, Manuel?

MAN. Tengo un nudo en la garganta.

DUQ. (Pobrecillo!) Habla: no temas
que me ofendan tus palabras.

MAN. El que no sabe esplicarse
habla mejor cuando calla.

DUQ. Fácil será comprenderte,
si el corazon es quien habla.

MAN. Del corazon á los labios,
señora, hay mucha distancia;

y si mis labios no aciertan

á decir lo que aqui pasa; (señalando al cora-

¿no vale mas que en silencio

sufra mi pena y mis ansias?

DUQ. Fuerza es que yo las escuche,
si he de poder aliviarlas.

MAN. No espero yo mas alivio

á este dolor, que me mata,

sino el llorar noche y dia

gotas de sangre por lágrimas.

DUQ. No te comprendo.

MAN. ¿Pues bien,

ya que es preciso que el alma

en pedazos por la boca,

salga unida á las palabras,

para decir las fatigas

que consumen mis entrañas,

diré una vez lo que siento,

aunque despues de contadas,
mis propias penas me ahoguen
ya que no supe ocultarlas.

En Jerez nací, señora,
tierra donde el sol derrama
entre sus rayos de fuego
la gloria que al cielo arranca.
Mi padre fué el infortunio
y mi madre la desgracia.

Vine al mundo á sufrir penas
mas que ningunas amargas,
y para que todas juntas
á un tiempo me atormentáran,
en vez de darme una sola
el cielo me dió diez almas.

Yo conocí á una mujer
cuando á vivir comenzaba,
y en ella cifré mi dicha,
mi ambicion y mi esperanza.
Para estrechar mas los lazos
que nuestro afecto ligaban,
Dios nos concedió una hija,
hermosa, cual flor temprana.

Asi pasaban los años
sin que mi fortuna aciaga
turbára de mis placeres
la dulce y tranquila calma...

Pero una noche en la calle
tres hombres acuchillaban
á uno solo, que iudefenso
contra los tres peleaba.

Viendo yo tal villanía,
me terció al punto la capa,
abro campo, uno me espera,
y por mi suerte ó desgracia,
muerto cayó al primer golpe;
mas lo maté cara á cara.

Persiguióme la justicia
y con afan me buscaba;
pido el perdon, me lo ofrecen,
y al entrar en esta casa,
de lo pasado me olvido
y lo futuro me espanta.

Duq. Y bien, ¿qué quieres? ¿qué esperas?

MAN. No sé lo que en mis entrañas
siento. Sé que me consumo;
sé que mi frente se abrasa;
sé que mi vista se turba;
sé que se enciende mi alma,
cuando esos ojos me miran,
cuando esos labios me hablan.

Duq. Manuel!

MAN. Ah!... Perdon, señora.
Mis penas yo no contára;
pero ..

Duq. Manuel, es preciso
que á ese halagüeño fantasma
des un adios para siempre
en lo interior de tu alma.
Una mujer y una hija
son dos prendas muy sagradas
que en el corazon del hombre
merecen...

MAN. (muy conmovido.) Señora, basta.
¡Irene!... ¡Pobre Maria!...
¡Qué locura! ¡Oh! Gracias, gracias!
Señora, en Jerez me esperan.
Mi perdon... Quiero abrazarlas.

Duq. Tu perdon... lo obtendrás pronto;

tal vez hoy... mas me olvidaba
de darte la feliz nueva...

Por cierto que ella presagia
para ti muy grandes cosas.
Quizá es inútil que partas
de Madrid para abrazar
á esas prendas adoradas.

MAN. Cómo!

Duq. Y en cuanto á tu esposa,
sé que muy interesada
una persona en la corte...
Quiere hacerla cortesana.

MAN. Señora, si ya es bastante
lo que sufro, si en el alma
un resto de compasion
le queda á usted, ó de lástima,
el nombre de mi Maria
respete con su desgracia.
No porque tema que un hombre
pretendiera deshonorarla,
cuando es mi mujer tan pura
como el lucero del alba;
sino porque en este mundo,
señora, hay ciertas palabras
que en los labios son candela
y son veneno en el alma.

Duq. Manuel, y si yo te digo
que pronto aqui has de encontrarlas,
que un hombre infame te vende,
y que tu mujer ingrata
quizá ambiciona en el mundo
la gloria que tú rechazas?

MAN. Entonces... no, no es posible.

Duq. Muy grande es tu confianza.

MAN. Señora, en Dios no creyera,
si mi mujer me engañára.

Duq. Y si tu esposa inocente
sucumbe al fin á una trama,
y el hombre que la deshonra
finge querer ampararla?

MAN. Hay puñales que penetran
hasta las mismas entrañas.

Duq. Pero manchada la honra...

MAN. Hay sangre con que lavarla.

Duq. Sé que pretenden traerla
á Madrid.

MAN. Pretension vana.

Duq. Hay hombres que pueden mucho.

MAN. Y yo no sirvo de nada?

Duq. El hombre que retrocede
cuando un obstáculo halla,
ó puede, ó quiere muy poco. (con intencion.)

MAN. Yo volver atrás la cara!
Hable usted claro.

Duq. Las obras
dicen mas que las palabras.
Hay quien por tí se interese,
y quiere ver si le pagas.

MAN. Pero...

Duq. Mas no me preguntes.
El corazon es quien habla.
Yo no he de hacerlo, ni debo;
porque en tales circunstancias...
Al que es buen entendedor
con media palabra basta. (vase.)

ESCENA V.

MANUEL, solo.

Al que es buen entendedor...
 No sé qué querrá decirme,
 pues trató de confundirme
 cuando le hablé de mi amor.
 Callé luego y fué peor;
 volvióse mi alma á encender;
 viéndome ya enmudecer
 se va mostrando desvío...
 Y esta es la mujer! Dios mio!
 quién comprende á una mujer?
 Y dice que aqui vendrá
 Maria... y que un cortesano...
 Dios me tenga de su mano,
 si es cierto; que no será.
 Pero... ¿engañarme querrá?
 Qué intencion puede tener?..
 Hacérmela aborrecer...
 no; que la mate... tampoco.
 Ay! para volverse loco
 basta y sobra una mujer.
 Yo conozco que la amo,
 aunque se burla de mi;
 que su imágen está aqui,
 y entre mis sueños la llamo.
 Su voz, cual dulce reclamo
 hace mi alma estremecer;
 y pues que el divino ser
 cruz á los hombres envia...
 ¡quién sabe! será la mia
 el amor de esta mujer.
 Desde el principio del mundo
 las cosas vienen asi:
 no habrán de contar en mi
 el primero ni el segundo.
 Siempre al abismo profundo
 por ella hemos de caer;
 y poco sirve el saber
 en este mundo de afán,
 donde es cada hombre un Adán
 y una Eva cada mujer.

ESCENA VI.

Dicho, y ROBERTO.

OB. El conde del Espinar
 para entrar, licencia aguarda;
 pues viene á comunicar...
 IAN. Si es por mí por quien se tarda,
 ganas tiene de esperar.
 OB. A visaré á su Escelencia. (*vase.*)
 IAN. Por Dios que confuso estoy.
 Amo de casa no soy,
 y á mi me piden licencia.
 Lo que va de ayer á hoy!

ESCENA VII.

MANUEL y el CONDE.

ON. Ya hace tiempo que en el alma
 senti avivar el deseo
 de estrechar, Manuel, tu mano
 como un amigo sincero.
 IAN. Muchas gracias. (*Vaya un hombre!*)
 ON. Estrañas, por lo que veo,
 que yo mi amistad te ofrezca...
 IAN. Como no nos conocemos,

y como que la amistad,
 ¡vamos! no es ningun buñuelo
 que en un minuto se cuaja,
 lo estraño.

CON. Pues bien: el tiempo
 te dirá lo que hoy es fuerza
 ocultar bajo el misterio.
 Bástete saber ahora
 que yo por ti me intereso
 tanto, como por mi mismo;
 y que en llegando el momento
 de probarte con las obras
 á dónde alcanza mi afecto,
 ellas te harán comprender
 si es natural y sincero.

MAN. (*Si no vas por buen camino,
 yo descubriré tu enredo.*)
 Cuanto mas me está usted hablando,
 por Dios, que menos lo entiendo.
 Qué me quiere usted decir
 con ese entrañable afecto?

CON. Que mil peligros te cercan
 y quiero librarte de ellos.

MAN. Mil peligros!

CON. A esplicarme
 voy al punto, porque veo
 que con prevencion me escuchas;
 y pues ha llegado el tiempo
 de hablar una vez despacio,
 si te parece, sentémonos.

MAN. Por mí no hay dificultad.

CON. Con mas descanso estaremos. (*se sientan.*)

CON. Si tu alma, Manuel, es libre,
 si tu corazon es bueno,
 ¿cómo puedes avenirte
 á vivir en este encierro
 donde de tu voluntad
 ni un solo instante eres dueño?

MAN. A quien mi perdon consigue
 no es gran cosa lo que ofrezco;
 la libertad de unos dias
 para ser dichoso luego.

CON. Y si ese perdon que dices
 lo alcanzaron ya hace tiempo,
 y entregártelo rehusan,
 porque, viéndote inesperto,
 quieren valerse de ti
 para el crimen mas horrendo?

MAN. De veras? Qué es lo que escucho!

CON. Manuel, en nombre del cielo,
 abandona este recinto.
 El perdon yo te prometo;
 y lo alcanzarás mañana,
 si obediente á mis consejos
 sigues la senda del bien
 que ha de trazarte mi afecto.

MAN. Hable usted, que ya le escucho
 No sé qué presentimiento
 me dice que usted es un ángel
 que me libra del infierno.

CON. Pues bien, lo que ahora te exijo,
 y el sacrificio primero
 es que esta casa abandones.
 Ven, yo la mia te ofrezco.
 Preciso es que á la Duquesa
 des hoy un adios eterno;
 que ella el lazo te prepara
 y de evitarlo aun es tiempo.

MAN. Dios mio! qué es lo que escucho?

Obedecer á usted quiero,
pero las fuerzas me faltan,
se pierde mi entendimiento,
y la luz de mi razon
se anubla.

CON. Decide presto;
que hay instantes en la vida
de un interés tan supremo,
que con lágrimas de sangre
se lloran, si los perdemos.

MAN. Vamos donde usted me lleve;
mas... ¿qué tengo de hacer luego?

CON. Olvidar á Andalucía
para siempre. De mil lejos
sufrieras de la Duquesa
pronto el influjo maléfico.
En cuanto á Irene y Maria,

(Manuel principia á escuchar con atencion y descon-
fianza, que siempre irán en aumento.)

vendrán á Madrid muy presto,
y aliviarán tus pesares
con su amor y sus consuelos.

MAN. Conque .. mi esposa y mi hija
vendrán á Madrid muy presto!
Y usted... que eso me propone...

CON. Qué es lo que en tu faz advierto!

MAN. Mi cólera y mi venganza...

CON. Manuel!

MAN. Perdonadme, cielos!
(echando mano á un puñal que lleva en el pecho.)

CON. Qué intentas?

MAN. No, no, Dios mio!
Me horroriza el pensamiento!
Otra vez sangre...! No, nunca!

(abre la puerta con precipitacion y se dirige al Con-
de mostrándosela)

Por alli, pronto, ligero!

CON. Bien; saldré, ya que rehusas (con dignidad.)
el amparo que te ofrezco;
mas te acordarás de mi,
quizás cuando no sea tiempo.

MAN. Pronto, pronto.

CON. Si, ya salgo;
no porque á tus iras temo,
sino para dar al mundo
de gratitud un ejemplo. (vase.)

(al salir el Conde aparece la Duquesa por la puerta
secreta.)

ESCENA VIII.

MANUEL y la DUQUESA.

MAN. El corazon se me abrasa...
arder mi cabeza siento.

Si me esperan mas fatigas,
ábrete y trágame, infierno.

DUQ. (Al fin esta vez triunfamos.
A mucho alcanzan los celos.)

(Manuel cae recostado en un sitial, cubierto el ros-
tro con las manos. La Duquesa se acerca á él pausa-
damente.)

DUQ. Manuel?... (No me oye.) Manuel?

MAN. Quién vá? (levantándose con precipitacion.)

DUQ. Soy yo. Estás turbado.
Qué tienes?

MAN. Nada.

DUQ. Has llorado?

Dime.

MAN. Lágrimas de hiel.

DUQ. Te habló el Conde?

MAN. Si, señora.

DUQ. Y cuál fué su pretension?

MAN. Echar en mi corazon
veneno que le devora.

DUQ. Ahora podrás conocer
cuán grande es su alevosia.
Y á tanto se atreveria
no amándole tu mujer?

MAN. Duquesa... por ese Dios
que nos mira desde el cielo!

DUQ. No debes tener recelo
de ninguno de los dos.
Las pruebas son de inocencia.
Claro está. (con ironía.)

MAN. Me vuelvo loco.

DUQ. El juicio tienes en poco.

MAN. Señora, con su licencia... (disponiéndose á salir.)

DUQ. Dónde vas?

MAN. Yo no lo sé?

DUQ. Detente.

MAN. Quiero vengarme.

DUQ. Y te vas sin escucharme?
Y tan ruin pago obtendré?..
Ven, que un mundo de esperanza
quiero á tus ojos crear:
yo misma te he de ayudar,
Manuel, á tomar venganza.

MAN. Señora! (volviendo.)

DUQ. En esta ocasion
no habrá quien mi afecto iguale.
Sé apreciar en lo que vale
tu entusiasta corazon.
Si es la ingratitud inmensa
de tu esposa, no te asombre.
No debe matar el hombre
á una muger indefensa.

MAN. Pero el Conde...

DUQ. Andaz y necio
quiso acibarar tu suerte.
Dale en buen hora la muerte;
pero á tu esposa, el desprecio.
Que será pena doblada,
rotos sus antiguos lazos,
verte gozar en los brazos
de otra mujer adorada.

MAN. ¿Y si esa mujer que encierra
la gloria que en sueños vi,
está tan lejos de mi
como el cielo de la tierra?

DUQ. Se vive con la esperanza,
y ella alienta el corazon;
que si es grande la pasion
hasta imposibles alcanza.

MAN. Señora, déjeme usted
que á mis penas me abandone;
que porque Dios me perdone
á entrambos perdonaré.

Dichas que no he de gozar
no me traiga usted á la mente,
ni me asome usted á la fuente
si el agua no he de probar.
Mi esplicacion es bien tosca,
señora, pero me fundo.
Quiero buscar por el mundo
gente que no me conozca.
Y pues que tal fué mi sino,
moriré lejos de aqui,
antes que digan de mi:

ese hombre es un asesino.
Vivan dichosos los dos;
al justo cielo abandono
su castigo, y los perdono
porque me perdone Dios.
Madrina, á tierra lejána
voy cual pobre peregrino,
á llorar en mi camino
de la noche á la mañana.
Pero antes que me separe ..
Señora, usted no se afiija.

DUQ. Manuel!

MAN. Me queda una hija.
y espero que usted la ampare.
No me diga usted que no,
pues mi abandono disculpa.
Que no pague ella la culpa
que su madre cometió.

DUQ. Manuel, espera.

MAN. Es en vano.

DUQ. Sabes dónde vas?

MAN. Lo sé.

Déjeme usted que le dé
siquiera un beso en la mano.

DUQ. Pronto pudiste olvidar
los ojos que te abrasaban,
los que tu mente exaltaban,
hasta hacerte delirar.

MAN. Por Dios!

DUQ. Y huyendo de aquí
en pos de la adversa suerte,
no ves que causas la muerte
de una infelice mujer?
Y virgen tu corazón
á los goces de la vida,
sin ver que ella te convida
á una celeste ilusion;
Tu frente vas á enterrar
de la miseria en lo inmundo,
cuando hay, Manuel, en el mundo
tanto y tanto que gozar.
Aquí tienes por morada
palacio rico, opulento,
do se realiza al momento
cualquiera ilusion soñada.
Y ya el brillante festin
con su música sonora,
ya la noche seductora
en el ameno jardín,
dan nuevo aliento á tu sér,
y demuestran realizado
un mundo, que ni soñado
llegaste nunca á entrever.
Goza de tanta ilusion,
pues te convida y te llama
una muger que te ama
con todo su corazón.

MAN. Estoy soñando quizá?

DUQ. No sueñas, que estás despierto.

MAN. Con que ese mundo...

DUQ. Es muy cierto.

MAN. Y esa muger...

DUQ. Aquí está.

MAN. Ay! Bendita sea la hora
en que yo la conocí.

No sé lo que siento aquí (*señalando al co-
razón.*)

Con que usted me ama, señora!
Esto es estar en el cielo.

Siga usted, por compasion;
porque esas palabras son
mas dulces que el caramelo.
Otro mundo y otra vida!
Quién mas placeres desea!
Lo mismo que una jalea
tengo el alma derretida.
Con que es verdad! Qué contento!

DUQ. Si; pero lo has de gozar;
que nadie llega á gozar
sin algun merecimiento.

MAN. Pida usted: nada me asombra;
yo sus gustos cumpliré,
y hasta estrellas le traeré
á que le sirvan de alfombra.

DUQ. Pues tanto á tu amor merezco,
fácil soy de contentar.
Al conde del Espinar
tanto como tú aborrezco.
Mira si tienes valor,
y decidido responde.

MAN. Cómo!

DUQ. La muerte del Conde
es el precio de mi amor.

MAN. A no escucharlo creyera
que usted tal cosa no ha dicho,
ni que fuera su capricho
hacer de un hombre una fiera.
En sentimientos humanos
no cabe el asesinar,
para ir el premio á alcanzar
llenas de sangre las manos.

DUQ. El tu deshonra intentó.

MAN. Si yo al cielo no mirára...
frente á frente lo matára;
pero asesinarlo, no.

DUQ. Tienes la sangre de hielo,
cuando una justa venganza...
Y yo cifré mi esperanza!...

MAN. Temo el castigo del cielo.

DUQ. Y no temes, desgraciado,
que de ti el mundo se ria
al ver gozar á Maria
con el Conde enamorado,
mientras tú en estraña tierra
solitario y sin abrigo,
siempre llevarás contigo
el dolor que tu alma encierra?
Si, luchando sin cesar
con la miseria y la muerte,
te acordarás de la suerte
que no quisiste alcanzar.
Verás en medio del dia
salir un hombre orgulloso
del palacio suntuoso
llena el alma de alegría;
y volver á su morada
donde una muger le espera
amable, hermosa, hechicera,
mas que nunca enamorada;
mientras tú en misero afan
tendrás por todo consuelo,
para lecho el duro suelo,
si á cubierto te lo dan.
Y si en él puedes dormir,
soñarás con los placeres,
que cual fantásticos seres
verás fugaces huir...

MAN. Basta, Duquesa.

DUQ. No, no.

:

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, un CRIADO.

Deja que te lo presente,
ya que apartas de tu mente
el mundo que ella soñó.
Huye y deja la muger
que en su corazón te adora.
Deja á la que en cada hora
te diera un nuevo placer.
Y cierra tu corazón
á los goces de la vida,
sin ver que ella te convida
á una celeste ilusión.
Corre tu frente á enterrar
de la miseria en lo inmundo,
cuando hay, Manuel, en el mundo
tanto y tanto que gozar.
Deja esta rica morada,
deja el palacio opulento,
do se realiza al momento
la dulce ilusión soñada.
Deja el brillante festín
con su música sonora,
y la noche seductora
con tu amada en el jardín.
Olvida tanta ilusión
y no mires que te llama
una muger que te ama
con todo su corazón.

MAN. Esas palabras de fuego
encienden el alma mía.
Ese amor siquiera un día
y vengan mil muertes luego!

DUQ. Bella mansión del placer,
paraíso del amor,
tu encanto fascinador
muestre mi inmenso poder.

(la Duquesa toca un resorte y se descubre la cortina del fondo. Al través de una gasa no muy transparente se vé en el centro un coro de ninfas que rodean dos figuras recostadas en una especie de trono brillante. Estas dos figuras deben tener un traje igual, si es posible, al de Manuel y la Duquesa. Manuel queda sobrecojido con la aparición, y mientras cantan las ninfas, al compás de una música suave, la siguiente estrofa.)

Brindan al hombre osado
el mundo sus placeres,
sus brazos las mugeres,
su gloria el porvenir;
Y al agradable estruendo
de la brillante orgía,
si el alma se extasia,
nada importa morir.

MAN. Yo también quiero gozar
de ese mundo, esos placeres,
donde hay estruendo y mugeres.
No me importa asesinar.
Corazón mío, valor.

DUQ. Manuel!

MAN. Mi puñal responde;
pues con la muerte del Conde
hay gloria, placer y amor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la habitación de Manuel amueblada con lujo en el palacio de la Duquesa.

ROB. Y bien?...

CRIA. Todo está corriente.

ROB. Quedó Manuel allí solo?

CRIA. Y acechando como el gato
que espera al ratón goloso.

ROB. Se apagaron las bujías?

CRIA. Como la boca de un lobo
quedó el pasillo en tinieblas.

ROB. Le diste la hora?

CRIA. A las ocho
habrá de pasar el Conde.

ROB. Y su criado?...

CRIA. No es tonto.

Bien que nadie se resiste

á ochenta doblas de oro.

Irá delante del Conde

para que conozca el otro...

ROB. Así se lo has prevenido?

CRIA. Queda enterado del todo.

ROB. Y se prestó fácilmente...

CRIA. El no es nada escrupuloso,
y la muerte de su amo

le importa, en verdad, muy poco,

si las doblas le libentan

de tener que buscar otro.

(se oye un reloj á lo lejos.)

Cáspita! el reloj está dando.

ROB. Y es verdad!

CRIA. Ya son las ocho.

Pobre señor! Me dá lástima.

Dios que es misericordioso

le dé un lugar en el cielo.

ROB. *(Si le habrá entregado el otro
la carta!)*

CRIA. Manda V. algo?

ROB. Que seas mudo, ciego y sordo.

CRIA. Echaré un nudo á mi lengua,
pues la vida en ello espongo.
Su Escelencia sabe...?

ROB. Calla.

CRIA. Me retiró ya?

ROB. Está pronto,
por si hubiere que llamarte.CRIA. Estaré dispuesto á todo. *(vase.)*

ESCENA II.

ROBERTO.

Ya no hay remedio. Otro crimen!

Las ocho acaban de dar,

y en este instante... Dios mío,

qué tormento! qué ansiedad!

No sé cómo he de valerme
en este trance fatal.

A la Duquesa obedezco

porque á ella ligado está

mi destino. Temo al Conde...

le temo... porque un dogal

puede echar á mi garganta.

Una palabra no mas

bastara para perdernos.

Oh, qué terrible ansiedad!

Pero oigo pasos... No hay duda.

Manuel que viene hácia acá!

Dios mío, ya no hay remedio!

Ensangrentado el puñal!

ESCENA III.

Dicho y MANUEL.

(dice los primeros versos sin reparar en Roberto.)

IAN. Y... no me tembló la mano;
con la punta al corazón
llegué. Dió un grito... y su cuerpo
sin vida á mis pies cayó.
Sangre... muerte...! Qué me importa!
Hay un mundo... una ilusion...
hay placeres y festines
para que los goce yo,
y una muger que me ama
con todo su corazón. (pausa.)

OB. (Me espanta).

IAN. Di, y la Duquesa?
Corre, dile que aqui estoy;
que no me tembló la mano;
que su gusto se cumplió;
que la aguardo, y que si tuve,
para ganarlo, valor,
que venga á darme ese mundo
que á mis ojos presentó.
Corre.

OB. Si, voy al instante. (vase.)

IAN. Qué te falta, corazón!

ESCENA IV.

MANUEL.

Pero esta sangre... Dios mio!
No hay remedio. Ya murió. (arroja el puñal.)
Mañana el que me conozca
dirá que asesino soy.
Dirá... pero era imposible
no obedecer á su voz.
No tengo voluntad mia.
Deme el cielo su perdon;
pero si ella me lo manda,
para conquistar su amor...

ESCENA V.

MANUEL y la DUQUESA.

DUQ. Manuel!

IAN. Ya está.

DUQ. Dios eterno!

IAN. Es posible!

DUQ. Lo cumplí!

IAN. Y ya estará en el infierno,
si lo aguardaban alli.

DUQ. De un implacable enemigo
tu mano al fin me libró.

IAN. Hubo en el lance testigo?

DUQ. Uno, pero no acudió.

IAN. Oh terrible desventura!

DUQ. Lo conociste?

IAN. No, á fé.

DUQ. La noche está tan oscura
que á seis pasos no se ve.

IAN. Y él á ti?

DUQ. Lo dificulto.

IAN. Lejos de mi se paró,
y solo divisé un bulto
que atrás ligero volvió.

DUQ. Quizá el otro te acechára...

IAN. Quizás el destino fiero...

MAN. A mis manos no escapára
delante del mundo entero.

Yo, por cumplir sus antojos,
por ganar su corazón,
cerré de una vez los ojos
á la luz de la razón.

Dijo V. hiere, y herí,
un hombre cayó á mis pies;
y si no me arrepenti
es porque hay gloria despues.

Gloria y amor y ventura.
No es verdad, paloma mia,
que aqui tu amor me asegura
placeres de noche y dia?

No es verdad que aqui hallaré
siempre, siempre junto á tí
esa gloria que soñé,
ese espejo en que me vi?

No es verdad que aqui me espera
ese amor que el pecho inflama,
y esa muger hechicera
que de corazón me llama?

Y ese mundo, esa ilusion,
que aunque yo no sé explicar,
enciende mi corazón,
si en ella llego á pensar?

Pues si un gozo tan profundo
luego junto á tí me espera,
qué importa un hombre en el mundo,
cuando tú quieres que muera.

Manda, yo ejecutaré;
y si quieres sangre y guerra,
un hombre no dejaré
en cuanto abarca la tierra.

Habla y me verás bajar
despues al profundo abismo,
que si hombres no hay que matar
me daré muerte á mí mismo.

DUQ. Calla, que en el alma mia
tu voz vibrante resuena,
y tu mortal agonía
de angustia y de horror me llena.

Ese entusiasmo, ese amor
me hace dichosa, me encanta,
y al mirar en derredor
mi propio crimen, me espanta.

Por qué á matar te obligué,
alma como el cielo pura;
por qué al crimen te arrastré
en medio de mi locura?

Con sangre de mi enemigo
por qué tu mano manchaba,
si para vivir contigo
su vida no me estorbaba?

Por qué á tan horribles penas
yo misma te conducía,
sin ver que corre en tus venas
la sangre del medio dia?

Por qué á tan funesta llama
quise en mi furia esponer
esa sangre que se inflama
al soplo de una muger.

Mañana, cuando serena
en mí se fije tu mente,
maldecirás á la hiena
que al mal te arrastró inclemente;
y junto á una esposa honrada
la dicha irás á buscar,
que esta muger desgraciada

para tí no supo hallar.
MAN. Por Dios! No sé lo que siento.
DUQ. Pero no, yo desvario.
 Olvida tú aquel momento.
 Dime que tu amor es mio.
 Que si al crimen te arrastré
 y el crimen te causa enojos,
 de tu alma lo borraré
 con lágrimas de mis ojos.
 Manuel, me amarás? Si, si.
 Serás cual nadie adorado.
 Mirame llorar por tí
 la primer vez que he llorado. *(pausa.)*
 En alta esfera nacida
 vi á mis pies cien amadores,
 ofreciéndome la vida
 en premio de mis amores.
 Pero á ninguno hasta aqui
 he amado de corazon,
 porque en ellos solo vi
 miseria, dolo y ficcion.
 En brazos de mi destino,
 con su maldad contagiada,
 me abandoné al torbellino
 de una corte disipada.
 Donde solo por gozar
 de tan mezquino placer,
 fingí amor para humillar,
 odio para escarnecer.
 Fui criminal, lo confieso;
 pero no te conocia,
 cuando de uno en otro esceso
 como demente corria.
 Para hacerte cometer
 el crimen que meditaba,
 quise tu alma enardecer,
 fingiendo que te adoraba.

MAN. Con que...!
DUQ. Calla y no te asombre,
 Manuel, esta confesion.
 Fingiendo adorar á un hombre
 le entregué mi corazon.

MAN. Ah! tus labios no mintieron?
 Con que es verdad lo que has dicho!

DUQ. Si hasta aqui los hombres fueron
 juguetes de mi capricho,
 si hasta ahora con planta incierta
 corri de error en error,
 hoy ya mi razon despierta
 para otra vida mejor.
 Dime, Manuel, que he soñado
 todo el tiempo que he vivido;
 que á tu voz he despertado
 á un mundo desconocido.
 Donde en grato sonreir
 veré la vida pasar,
 amando para vivir
 y viviendo para amar.

MAN. Calla, por Dios, que al oírte
 la sangre hierve en mis venas,
 y no sé cómo decirte
 mis dolores y mis penas.
 No llores tú, que tu llanto
 me trastorna la razon.
 Tú eres mi vida, mi encanto,
 alma de mi corazon.
 No mis fatigas aumentes,
 no redobles mis penillas
 con las lágrimas ardientes

que corren por tus mejillas.
 Tú no eres culpable, no,
 del crimen que cometí.
 Si él viviendo te enojó
 muerte con razon le di.
 Habla, dime lo que quieres.
 Vivir contigo es mi anhelo,
 y donde quiera que fueres
 alli encontraré mi cielo.

DUQ. Pobre Manuel! olvidamos
 en nuestra mútua delicia...

MAN. Qué?

DUQ. Qué acaso nos hallamos
 en manos de la justicia.
 El Conde ha muerto, y su gente
 tal vez busca al agresor.
 Un hombre estuvo presente,
 y ese será el delator.
 Y si por suerte ó ardid
 tu encontráran... De qué modo?...
 Manuel, saldrás de Madrid
 hasta que se arregle todo.
 Por si la suerte es distinta
 de lo que llevo á pensar,
 vivirás en una quinta
 que tengo á orillas del mar.
 Con mis mas fieles criados
 saldrás esta misma noche.
 Ellos irán enterados
 para llevarte en un coche.
 Mientras, yo prodigaré
 por todas partes el oro,
 y así al hombre salvaré
 que mas que á mi vida adoro.
 Quiero que puedas estar
 de su furor al abrigo.
 Luego me verás volar
 á reunirme contigo.

MAN. Y qué me importa, responde,
 su furor?

DUQ. Estás demente?

MAN. Lo mismo que con el Conde
 haré con toda su gente.

DUQ. Insensato, desvarias.
 Fuerza es que partas de aqui.

MAN. De mis manos desconfias,
 peleando yo por tí?

DUQ. No, Manuel, pero es forzoso
 que partas, yo te lo ruego.
 Queda tiempo en que dichoso
 vivas á mi lado luego.
 Saldrás esta noche, y...

MAN. No.

DUQ. Quedarte quieres?

MAN. Aqui.

DUQ. Quién ha de librarte?

MAN. Yo.

DUQ. En quién confias?

MAN. En mi.

DUQ. Sabes lo que haces?

MAN. Lo sé.

DUQ. Y tú me amas?

MAN. Claro está.

DUQ. Y quieres morir!

MAN. No á fé.
 Eso luego se verá.
 Morir yo? Por qué morir...
 ahora, cuando tú me quieres?
 Abandonarte y huir...!

Imposible: no lo esperes.
Que vengan á perseguirme.
Que vengan, los desafío.

DUQ. Manuel, no quieres oirme
en tu ciego desvario.
Bien: solo conseguirás
al fin perderme y perderte;
pues tan decidido estás
hoy á entregarte á la muerte.

Siquiera por compasion,
si algo mi afecto te inspira,
ó no tienes corazon
y tu amor todo es mentira.
Si no quieres alejarte
fuerza es, Manuel, que concluya
que de mi quieres vengarte
con mi muerte y con la tuya.

MAN. Pronto, el coche.

DUQ. A disponer
voy al punto tu partida.
Al fin llego á conocer
que me consagras tu vida.

MAN. Irás pronto?

DUQ. Si, al instante.
Pon en mi tu confianza,
que si el amor es constante
lo alimenta la esperanza.

MAN. Con que alejarme!

DUQ. Si, si.
Tendrás valor?

MAN. Lo tendré.

DUQ. Aguarda. Volveré aqui,
cuando mis órdenes dé.

ESCENA VI.

MANUEL.

Adios, mundo de ilusion.
Adios, palacio risueño.
Quizás no hubo mas que un sueño,
y ese turbó mi razon.
Sufre y calla, corazon,
pues que lo quieren asi;
que si estaban para mi,
algun dia encontraré
esa gloria que soñé,
ese espejo en que me ví.

ESCENA VII.

MANUEL, MARIA, IRENE.

MAN. (fuera.) Quiero verlo. Dejadme.

MAN. Esa voz! Cielo santo...

MAN. (dentro.) Manuel!

MAN. Maria, Irene!

MAN. Padre mio! (ambas quieren abrazarle y él las rechaza.)

MAN. Apartaos.

MAN. Manuel, pero es posible!

MAN. Tú nos niegas los brazos?

MAN. Padre!

MAN. Me vuelvo loco.

MAN. Quién á Madrid os trajo?

MAN. El ansia de salvarte.

MAN. Mentira.

MAN. El cielo santo

sabe lo que he sufrido,

lo mucho que he llorado.

MAN. Mientes. El conde infame

te ofrece sus balagos,
sus galas, sus riquezas,
su opulento palacio...

Pero llegas muy tarde.

Ves, Maria, esta mano?

MAN. Sangre, sangre, Dios mio!

MAN. Si, la de ese malvado.

MAN. La del Conde!!

MAN. Te espanta?

MAN. Manuel, al fin lograron
perderte. Tú no sabes
á quien la muerte has dado.

Mientras él procuraba,
tu perdon alcanzando,
librarte de este infierno
en que te han encerrado ..
de esa muger infame...

MAN. No pronuncien tus labios
de la duquesa el nombre
sino para adorarlo.

MAN. Manuel!

MAN. No me atormentes
con suspiros ni llanto.

El Conde te aguardaba?

Corre, corre á buscarlo.

MAN. Manuel! no me abandones.

Qué veneno te han dado
que tu razon trastorna,
quizás sin tú notarlo?

Yo buscar á otro hombre,
cuando te adoro tanto!

Llega, llega, hija mia,

arrojate en sus brazos,

y dile lo que juntas

por él hemos llorado.

Mírala, es nuestra Irene. (á Manuel.)

Recházala, inhumano.

MAN. Irene!

IRE. Padre mio!

Qué tienes? Estás malo?

No me miras como antes,

ni me das un abrazo.

MAN. Hija de mis entrañas! (abrazándola.)

MAN. Manuel!

IRE. Está llorando!

Qué tienes tú? No llores.

Si te queremos tanto!

Ven tú, ven, madre mia,

y enjuguemos su llanto.

MAN. Me engañará... Dios mio!

A quién en este caso

la verdad le pregunto?

Quién dirá?..

ESCENA VIII.

Dichos y el CONDE.

CON.

Yo.

MAN.

Dios santo!

MAN. El Conde!

MAN. Qué es lo que veo!

Alma, ó sombra, ó lo que eres,

dime por Dios lo que quieres.

CON. Satisfacer tu deseo.

MAN. La muerte...

CON.

No he muerto, no;

porque tu golpe fué errado.

El que murió fué el malvado,

que al oro vil me vendió.

Sigues con febril anhelo

á quien te hace asesinar,
y quieres abandonar
á la que es digna del cielo.

MAN. Yo no sé lo que me pasa
que mi razon se extravía.

CON. Con Irene y con Maria
sal al punto de esta casa.
Huye de tu ceguedad:
abre los ojos; despierta.
Quizás estás á la puerta
de una horrible eternidad.

MAN. (*estrechando á Maria é Irene entre sus brazos y dirigiendo al Conde una mirada de temor y de súplica.*)

Perdon para mi, perdon!

IRE. Padre!

MAR. Manuel!

MAN. Ay de mi!

CON. Hoy empieza para ti (*á Manuel.*)
del crimen la espacion.

MAR. Será verdad, Dios eterno!

CON. Salid, pues aguarda el coche;
y en él esta misma noche
lejos ireis de este infierno.
No importa que de ella sea.
Es preciso abandonarla;
que Dios para castigarla
sus propias armas emplea.
A su quinta sin tardar.
Pronto en ella iré á buscaros,
y alli lograré esplicaros
misterio tan singular.
Confiados en mi fé
salid. Yo á luchar me atrevo.
Mi honra y mi vida te debo; (*á Manuel.*)
vida y honra te daré. (*vanse.*)

ESCENA X.

El Conde, despues la DUQUESA.

CON. No hay ya para tí esperanza.
Mi triunfo es grande y seguro;
pues hoy con él me aseguro
satisfaccion y venganza.
Si, satisfaccion profunda...

DUQ. Manuel! Nadie me responde? (*entrando.*)

CON. Ya partió.

DUQ. Qué miro, el Conde!
Ah! que el infierno os confunda!

CON. Escuchadme por favor.

DUQ. No, que el miraros me espanta.
Vuestra sombra se levanta
como espectro aterrador.
Vos no vivis, es mentira.

CON. Tal era vuestro deseo.

DUQ. Si ante mis ojos os veo,
es que mi mente delira.

CON. Os engañais, vive Dios.
Duquesa, el golpe fué errado.
Mi vida el cielo ha salvado
para vengarme de vos.

DUQ. Aqui estoy, dadme la muerte.

CON. No, que quiero que vivais
para que tambien podais
gozar de mi propia suerte.

DUQ. Conde, la piedad imploro.
Me vereis arrepentir;
pero dejadme seguir
al único ser que adoro.

CON. En las fieras no hay amor.

DUQ. Ah! Compadeceed mi afan.

CON. Mañana habrá otro galan
y os parecerá mejor.
Porque lloreis, no vacilo,
señora, en mi decision;
que vuestras lágrimas son,
lágrimas de cocodrilo.
Dejad á ese hombre vivir
con su esposa fiel y honrada.

DUQ. Mi tormento no os apiada?

CON. Señora, me hace reir.

DUQ. Otra vez quereis la guerra!
Pues bien, basta de rogar.
A Manuel he de encontrar
aunque lo esconda la tierra.
Id; publicad quien soy yo.
Contad mi crimen al rey.
Solo tengo ya una ley,
que el corazon me dictó.
Ya con su lazo fatal
los temores no me oprimen.
Manuel me amaba en el crimen:
con él seré criminal.
Id á defenderle vos,
su suerte unirá á mi suerte,
y para encontrar la muerte
juntos iremos los dos.

CON. Vuestra ceguedad me asombra.

DUQ. Si, Conde, lo encontraré.

CON. Y yo á vuestro lado iré
como fatidica sombra.
Que si el infierno os dotó
de tan criminal anhelo,
Dios le amparará en el cielo,
y sobre la tierra, yo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una galeria cerrada, en el fondo por grandes arcos que dejan ver en segundo término un jardin y en último el mar. Dos puertas á cada lado: las de la izquierda dan al interior de la quinta y al campo las de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, IRENE.

IRE. Te cansaste, ¿no es verdad?

MAR. Si.

IRE. Tambien me cansé yo.
Tres dias corriendo el coche
por esos campos de Dios!
Dime, ¿tenias tú miedo
cuando se ponía el sol?

MAR. Infeliz!

IRE. Por qué llorabas?

MAR. Yo? Por nada.

IRE. No, eso no.

MAR. Calla por Dios, hija mia.
Me partes el corazon.

IRE. No estás contenta? Responde.

MAR. Si, hija, si, contenta estoy.

IRE. Pues entonces, ¿por qué lloras.
Esta casa no es mejor
que la de Jerez? Mas grande,
con campo, árboles y sol:

y luego el mar... Cuánta agua
tiene el mar! Dime, ¿salió
mi padre?

MAR. Está en su aposento.

IRE. Por qué no viene?

MAR. Mi amor,
yo no lo sé.

IRE. Vendrá pronto?
Quiéres que lo llame yo?

MAR. No: ya sabes que no quiere
que lo busquen.

IRE. Qué afición
tiene ahora á estar siempre solo!
Antes no era así.

MAR. Antes no.

IRE. Siempre me estaba abrazando;
y ahora, huyendo de las dos,
se esconde y dice unas cosas
que asustan. Vaya un humor!
Di, no le gusta esta casa?

Pues entonces vámonos.
Aquí está siempre tan triste!...
Di quién era aquel señor,
tan bueno, que aquella noche...

MAR. Un ángel que nos salvó.

IRE. Un ángel?

MAR. Por quien debemos
rogar de continuo á Dios.
La vírgen de las Angustias,
y nuestro santo patron
San Dionisio lo enviaron.

IRE. Mira: tambien quiero yo
rogar por él, si es tan bueno.

MAR. Hija de mi corazón!

ESCENA II.

Dichas, el Conde.

MAR. El Conde!

CON. Yo; os prometí
acabar lo comenzado;
y hoy me encuentro á vuestro lado,
pues necesitais de mí.
Decidme, y Manuel?

MAR. Señor,
mucha es nuestra desventura.
Siempre estar solo procura,
y el verlo causa dolor.

CON. Ese estado no me asombra.
Después del lance fatal...

MAR. Lleno de sangre un puñal
piensa ver hasta en su sombra.
No hay pena que no me aflija,
ni que mi alma no destroce.
A veces, ay! no conoce
ni á su muger ni á su hija.
Y así las horas se pasa,
sin dormir día ni noche,
desde que nos trajo el coche
de aquella maldita casa.
Algo le han dado á Manuel,
algo que lo vuelve loco...
y á mí, ay Dios! me falta poco
para estar lo mismo que él.

IRE. No llores.

MAR. Por compasión
sacadnos de esta amargura.
Libradlo de la locura
que hoy embarga su razón.

CON. Todo se conseguirá,

y en Dios para ello confío.
El, que aborrece al impio,
nuestro esfuerzo ayudará.
Hoy llegará la Duquesa.
Yo adelantarme he logrado;
y á algunos hombres he dado
de seguirla órden espresa.

MAR. Señor, á tanta bondad
mi corazón se conmueve.

CON. Un deber á ello me mueve
mayor que mi voluntad.

MAR. Cuanto misterio!

CON. Maria,
es un deber religioso
volver la vida á tu esposo,
pues él me salvó la vida.

MAR. Eh!

CON. Si, el hombre á quien salvó
en Jerez con noble brio...
Ese hombre...

MAR. Ese hombre!... Dios mio,
Quién era?

CON. Quién era? Yo.
Yo que en indigna sorpresa
contra tres hombres luchaba,
que á asesinar me enviaba
en su encono la Duquesa.

MAR. Por qué tan bárbara acción
con un hombre tan humano?

CON. Porque yo tengo en mi mano
su muerte ó su salvación.
Porque atrevido y audaz
constante sus pasos sigo,
y sus crímenes persigo
como una sombra tenaz.
Mas ya de mi sufrimiento
colmada está la medida.
Ya que arrancarme la vida
es su criminal intento,
sin ver que su ira no alcanza
do mi paciencia llegó,
hoy por su mal ya sonó
la hora de mi venganza.

MAR. Señor!

IRE. Madre mia!

CON. Si ella
en su encono furibundo
no teme asombrar al mundo,
cuando por todo atropella,
yo el silencio romperé
que el labio selló en mal hora,
y como sierpe traidora
al mundo la mostraré. (*vase.*)

ESCENA III.

MARIA, IRENE.

MAR. Irene del alma mia,
hija de mi corazón,
en tan amarga aflicción
invoquemos á Maria,
que es madre de pecadores
y su amparo nunca niega
á quien de veras le ruega
en medio de sus dolores. (*se arrodillan.*)
Virgen pura, inmaculada,
hoy tu protección implora
esta muger pecadora
como nadie desdichada.
Madre de mi corazón,

mírame aquí padecer.
Que no vuelva esa muger
que trastorna su razón;
y viva feliz mi esposo
aunque yo sufra la pena
à que el cielo le condena
como un suplicio horroroso.
Yo por él quiero penar.
No importa que yo me aflija.
El amparará à mi hija,
yo no la puedo amparar.
Aquí, entre gentes estrañas,
faltándonos su sosten...
qué hiciera? Morir también
con la hija de mis entrañas.

IRE. No llores, madre, por Dios.
La virgen te escuchará.

MAR. Su consuelo nos dará
si le rogamos las dos.

IRE. Dile tú lo que descas,
y une tu voz con la mía.
Oyenos, virgen Maria!

MAR. Irene, bendita seas!

ESCENA IV.

Dichas, MANUEL.

IRE. Mi padre! Ven, padre mio.

MAN. A mis manos quedó muerto; (*sin reparar en su hija.*)
pero revivió y me dijo...
me dijo que era un misterio.
Cuanta sangre! Cuanta sangre!
Ningun daño me habia hecho,
y lo maté. Un asesino
perdon no alcanza del cielo.

MAR. Manuel...

MAN. Por ella, por ella!
Esta vida es un infierno!
Pero... este no es su palacio...
aquel palacio opulento
que yo gané con mi crimen.
Dios mio, si será un sueño!

MAR. Manuel, estás fatigado.
Quieres descansar?

MAN. No puedo.

MAR. Qué tienes?

MAN. Aquí... me abrasa...
(*comprimiéndose la cabeza con las manos.*)

MAR. Dios mio, Dios mio!

MAN. Es fuego. (*pausa.*)

MAR. Aquí tienes à tu hija.

MAN. Mi hija... Si... ya la veo.

MAR. Mirala, que está llorando.
Por qué no le das un beso?

IRE. No me quieres ya?

MAN. Besarla!

No, que en mi labio hay veneno.
Dejadme, soy asesino.

IRE. Madre mia!

MAR. Qué tormento!
Vuelve en ti.

MAN. Irene, Maria,
hay un Dios allá en el cielo.

MAR. Si, però un Dios que perdona
cuando hay arrepentimiento.

IRE. Yo le rezaré à la Virgen; (*à Manuel.*)
pero me querrás, no es cierto?

MAN. Hija de mi corazón,
mi esperanza y mi consuelo,
si tú à la Virgen le rezas,

de ella mi perdon espero,
que Dios oye al que le pide,
si son de un ángel los ruegos.

MAR. Manuel!

MAN. Cye, esposa mia,
de aquí al instante saldremos;
que esta casa à mi memoria
del crimen trae el recuerdo.
Pobres, si, pero tranquilos
en el mundo viviremos.
Con el sudor de mi frente
ganaré vuestro sustento;
y si vosotras al cabo
perdonais mis desaciertos,
Dios, que es misericordioso,
me perdonará en el cielo.

MAR. Si, salgamos al instante.

MAN. Esperadme: pronto vuelvo.
Quiero que esta misma noche
estemos de aquí muy lejos.

IRE. Y ahora dónde vas? Nosotras
contigo también iremos. (*vanse.*)

ESCENA X.

La DUQUESA, ROBERTO.

(*Queda la escena desierta por algunos instantes, y despues aparecen los dos por la derecha en traje de camino.*)

ROB. Descanse Vuecencia un rato,
que vendrá muy fatigada.

DUQ. Las fatigas que me abogan
son las que tengo en el alma.
Roberto!

ROB. Bien se lo dije
à su Escelencia. Mal haya
cuando yo mismo en Jerez
quise presentarlo...

DUQ. Calla.

ROB. Però, señora, aun es tiempo.
Volvámonos sin tardanza,
y no se esponga Vuecencia
quizá à otra nueva desgracia;
que los caprichos de amor
los curan tiempo y distancia.

DUQ. Roberto, no es un capricho;
no es la pasajera llama
de una ilusion del momento,
la que consume mi alma.
Es una pasion inmensa;
es una fiebre volcánica,
que mis sentidos absorve
y todo mi ser embarga.
Le ví, le amé. Yo, que un tiempo
de insensible me preciaba,
no pude sufrir tranquila
de sus ojos la mirada.
No encontré al hombre vulgar
de palabras estudiadas,
con el corazón de hielo
y alma mezquina y gastada.
Vi al hijo de Andalucía
estraño à la necia farsa
con que el cortesano imbécil,
sin conocerlo, nos cansa.
Vi de la naturaleza
la imágen pura y lozana.
Hallé un corazón ardiente
que de vida rebosaba.
Hallé valor, entusiasmo,

virtud, nobleza, arrogancia;
y á pesar del tosco aspecto,
de aquella frente tostada
por el sol, que al medio día
rayos de fuego derrama,
hallé en el hombre valiente
un alma pura y sin mancha.

ROB. Señora!

DUQ. Si él, ignorando
los tormentos que acibáran
mi existencia, ingrato pudo
abandonarme á mis ansias,
fuerza es que vuelva conmigo.
Nuestra suerte está ligada,
y ya juntos viviremos
en la suerte ó la desgracia.
A mi gente que esté pronta.
Tú á la salida me aguarda. (*vase Rob.*)
Corazon, no me abandones,
que hoy tu valor me hace falta,

ESCENA VI.

La DUQUESA, MARIA, IRENE.

MAR. Dice que aqui le aguardemos.

IRE. Mirala: alli está. (*asustada.*)

MAR. Señora, (*á la Duq.*)

qué busca usted en este sitio?

DUQ. Qué busco? Acaso te asombra
verme llegar á esta quinta?

De quién es quizás ignoras?

MAR. Me asombro, porque es infame
lo que usted pretende ahora.

DUQ. Pobre mujer, te desprecio!

Poco tus iras me enojan.

Tú no sabes, desdichada,
que aunque el infierno se oponga,

sabe cumplir sus antojos

una mujer poderosa?

Has olvidado quién soy?

MAR. Usted? Una mujer: yo, otra.

DUQ. Ya que obstinada te empeñas

en desafiar mi cólera,

pronto verás lo que puede

la mujer á quien provocas.

Ha de mi gente!

*La Duquesa se acerca á una de las puertas que dan
al campo. Maria é Irene la siguen.*

MAR. Es en vano.

Salga usted de aqui, señora.

*Entran cuatro criados de la Duquesa y despues de
oír algunas palabras que esta les dice por lo
bajo, se apoderan de Irene y Maria, y desaparecen
con ellas.*

DUQ. Al punto donde os he dicho.

MAR. Manuel! (*fuera.*)

IRE. Padre mio! (*id.*)

DUQ. Imploras

en valde su proteccion.

No aguardeis que él os socorra.

ESCENA VII.

La DUQUESA.

Pues ya al crimen me lancé,

del crimen los pasos sigo.

O Manuel saldrá conmigo,

ó aqui con él me hundiré.

Firmeza, resolucion;

ya que la lucha se empieza,

para ayudar la cabeza,

no me faltes, corazon,

ESCENA VIII.

La DUQUESA, MANUEL.

MAN. Maria, Irene! (*fuera.*)

DUQ. Es su voz.

Manuel!

MAN. Duquesa, usted aqui!

DUQ. Al cabo ya conseguí
dar tregua á un martirio atroz.

No sabes cuanto he sufrido!

No sabes cuanto he llorado!

Pero al fin ya te he encontrado
y doy mi pena al olvido.

Sigueme sin vacilar,

pues á buscarte corri.

La gloria que te ofrecí

muy pronto vas á alcanzar.

MAN. Ya es tarde.

DUQ. Es tarde! Qué anuncia
tu duda y tu confusion?

Acaso tu corazon

á ese porvenir renuncia?

¿Acaso, perdido el brio,

no es ya el corazon valiente,

que con su latido ardiente

hizo palpar el mio?

Dónde fué tanta bravura?

Lo que yo juzgué valor,

no eran prodigios de amor,

sino un sueño, una locura!

Tres días... cuánto poder

han tenido sobre ti!

Ayer al gigante vi:

hoy contemplo á la mujer.

Mas no, creerlo no puedo.

Turbada tu mente está.

MAN. Señora, acabó usted ya?

DUQ. Decide pronto.

MAN. Me quedo.

DUQ. Y así me abandonas, di?

MAN. Así debo pagar yo

á quien ciega me arrojó

al crimen que cometi.

DUQ. Por qué ese desden ahora

que hasta el corazon me parte?

Es mi delito adorarte

cual nadie en el mundo adora?

Dime cuál es la razon

de tan bárbaro castigo.

Es querer partir conmigo

mi vida y mi corazon?

MAN. Señora, déjeme usted

que implore el perdón del cielo;

que aun está bañando el suelo

la sangre que derramé.

DUQ. Con que tu amor...

MAN. Fué locura.

DUQ. Tus ansias...

MAN. Sueño y no mas.

DUQ. Hoy si que soñando estás

para hacer tu desventura.

De miseria rodeado

pretendes pasar la vida,

como planta oscurecida

en un desierto ignorado?

MAN. Viviré pobre y contento.

Nadie me maldecirá,

y Dios me perdonará

al ver mi arrepentimiento.

DUQ. Manuel, Manuel, ah! qué escucho!

;

Deliras, ¿te has vuelto loco?
 MAN. Ayer me faltaba poco;
 pero hoy ya me falta mucho.
 DUQ. Con que así quieres pagar
 á quien tan tierna te ama?
 MAN. No eche usted leña en la llama,
 si el fuego quiere apagar.
 DUQ. Ingrato, así me desprecias
 porque ves que yo te adoro;
 porque humillo mi decoro,
 hasta las súplicas necias!
 Corazon, sufre y aprende.
 Olvida á un hombre traidor;
 que es indigno de mi amor
 el que mi alma no comprende.
 Qué me importa esa mudanza?
 Quise elevarte hasta mi;
 pero ya me arrepenti.
 MAN. No me importa esa venganza.
 DUQ. Adios.
 MAN. Buen viage, señora.
 DUQ. (Y partir me dejará!)
 Adios.
 MAN. (A que no se va?)
 DUQ. Manuel!
 MAN. (Y se vuelve ahora!)
 DUQ. Perdona mi desvario.
 Júrame que me amarás.
 Manuel, tú solo serás
 el dueño de mi albedrio.
 MAN. Qué aguardas?
 DUQ. Tu compasion
 entre la muerte y la vida,
 si una lágrima perdida
 ablanda tu corazon.
 MAN. Pretendes alucinarme
 otra vez, sierpe engañosa?
 Tengo una hija y una esposa,
 y á ellas debo consagrarme.
 DUQ. Basta. Desprecíame, si,
 porque te busco amorosa;
 pero oye: tu hija y tu esposa
 ya no existen para ti.
 (se acerca á la puerta derecha y despues de dar sus
 ordenes echa la llave y la arroja por la ventana.)
 ¡Roberto!
 MAN. Qué oigo, Dios mio!
 DUQ. Mis órdenes sin piedad
 cumplid al punto.
 MAN. Es verdad!
 DUQ. Ahora yo le desafio. (arrojando la llave.)
 MAN. Esa puerta! Oh, al instante ..!
 ó mi furor...
 DUQ. Necio, advierte
 que no me importa la muerte,
 cuando ellas irán delante.
 MAN. Dónde estan...? Habla.
 DUQ. Cumpli mi venganza en este dia.
 MAN. Ah! Mi Irene, mi Maria,
 dónde estan... en donde...
 ESCENA ULTIMA.
 Dichos, el CONDE, MARIA, IRENE.
 CON. (presentándolas.) Aquí.
 DUQ. Ah!
 MAN. Bendita sea la hora (al Conde.)
 en que usted nos conoció.
 MAR. El la vida nos salvó.
 MAN. Lo está usted viendo, señora? (á la Duquesa.)

DUQ. Traidor, aun vengarme espero. (al Conde.)
 CON. Infeliz! (á la Duquesa.)
 MAN. Manuel!
 MAR. (abrazándola.) Maria!
 irene del alma mia!
 IRE. Otro: ahora sí que te quiero. (besando á su
 padre.)
 DUQ. Qué vergüenza, qué baldon!
 Gozáos en mi tormento.
 CON. Señora, llegó el momento
 de la amarga espiacion.
 DUQ. No, mi destino fatal
 hace mi suerte horrorosa.
 Pues no puedo ser dichosa
 seré al menos criminal.
 La horrible lucha empecé;
 solo encono furibundo
 es lo que encuentro en el mundo.
 Yo se lo devolveré.
 Perdida está mi esperanza.
 En vuestras manos estoy.
 Id, publicad quien yo soy,
 y saciad vuestra venganza.
 Nada en el mundo me altera.
 CON. Me conmueve el escucharos!
 DU. Os perdono. Id á vengaros.
 CON. Lo haré... mas de esta manera.
 (saca unos papeles y los entrega á la Duquesa, que
 los examina con avidez.)
 DUQ. Cielo!
 CON. Ese papel fatal
 otro crimen patentiza.
 Tórnelo el fuego en ceniza,
 os devuelvo bien por mal.
 DUQ. Dios mio, qué confusion!
 CON. Una eternidad espera.
 Quizás Dios hoy mismo quiera
 ganar vuestro corazon.
 DUQ. Soy muy criminal.
 CON. Lo sé;
 mas si hay arrepentimiento...
 DUQ. Conde, desde este momento
 otra vida emprenderé.
 MAN. Maria, Irene, hay un Dios
 que al crimen castigo impone.
 Rogadle que me perdone,
 y perdonadme las dos.
 (Maria é Irene abrazan á Manuel. El Conde se dirige
 con la Duquesa á la salida. pero esta al llegar á la
 puerta se vuelve, y tomando la mano de Manuel le
 dice con acento inspirado.)
 DUQ. Adios, Manuel: si algun dia
 agitaren tu memoria
 esos ensueños de gloria
 que mi loco amor finjia,
 busca en Irene y Maria
 la dulce felicidad,
 ya que en su inmensa bondad
 con tiempo Dios nos advierte,
 que llega en pos de la muerte
 la inflexible eternidad.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS
 DELREINO.—Aprobada en sesion del 12 de a
 bril de 1850.—Baltasar Anduaga y Espinosa.—
 Es copia del original censurado.

MADRID, 1850.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,
 Calle del Duque de Alba n. 13.